
Renovación de la Iglesia y nueva evangelización

Renewal of the Church and New Evangelization

RECIBIDO: 15 DE MARZO DE 2012 / ACEPTADO: 29 DE JULIO DE 2012

Antonio ARANDA

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
aranda@unav.es

Resumen: La nueva evangelización –como amplio y duradero horizonte de trabajo– solo es realizable si hay una Iglesia renovada que la lleve a cabo siendo simplemente eso: la Iglesia, el pueblo de Dios llamado a estar con Cristo y a convertir en realidad cotidiana, allí donde cada cual se encuentre, el modelo cristiano de existencia. El principio que sostiene el autor es claro: la revitalización de la identidad cristiana a la que debe orientarse de entrada la nueva evangelización no puede ser llevada a cabo con simples modificaciones realizadas desde categorías y estructuras intelectuales y pastorales antiguas, sino que pide una real renovación de ellas.

Palabras clave: Nueva evangelización, Misión, Iglesia.

Abstract: The New Evangelization –as a wide and lasting work horizon– is only achievable if there is a renewed Church that carries it out being simply the Church, the People of God called to be in Christ and to turn the Christian way of existence into a daily reality, wherever each one is. The principle the author holds is clear: that revitalization of the Christian identity, toward which the new evangelization is oriented, cannot be done only with simple modifications performed from old intellectual and pastoral categories and structures, but demands their real renewal.

Keywords: New Evangelization, Mission, Church.

EVANGELIZAR, MISIÓN ESENCIAL DE LA IGLESIA

◀ Al comienzo del tercer milenio –señalaba el beato Juan Pablo II en 2001–, resuena en el mundo la invitación que Pedro, junto con su hermano Andrés y con los primeros discípulos, escuchó de Jesús mismo: “rema mar adentro, y echad vuestras redes para pescar” (Lc 5,4)»¹. El eco de aquella primera invitación de Jesús a sus discípulos está, en efecto, resonando de modo singular en estos años. La Iglesia sabe que la misión evangelizadora *sine die* es parte esencial de su razón de existir, y es también consciente de que las circunstancias culturales y sociales del momento presente le urgen a desarrollar un proceso evangelizador en cierto modo *histórico* (dada la vastedad de su horizonte y la trascendencia de sus resultados), y al mismo tiempo *inédito* (pues se orienta ante todo hacia el interior de sí misma). Tal proceso viene denominándose, con expresión propia del Papa Wojtyła, «nueva evangelización».

«Evangelizar –escribió Pablo VI en la Ex. Ap. *Evangelii nuntiandi*– significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformarla desde dentro, renovarla: “He aquí que hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5; cfr. 2 Cor 5,17; Gal 6,15). Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos con la novedad del bautismo (cfr. Rm 6,4) y de la vida según el Evangelio (cfr. Ef 4,23-24; Col 3,9-10). La finalidad de la evangelización es por consiguiente este cambio interior y, si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería decir que la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama (cfr. Rm 1,16; 1 Cor 1,18; 2,4), trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos»².

Si en lugar de evangelización habláramos de la actual nueva evangelización, esos hombres y mujeres a los que la Iglesia ha de evangelizar son, ante

¹ Cfr. JUAN PABLO II, Carta. Ap. *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 1.

² PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 18. El valor de las enseñanzas de Pablo VI sobre la misión evangelizadora, firmemente radicadas en la doctrina conciliar, no ha hecho sino crecer en los años transcurridos desde entonces, como lo prueban las constantes referencias a ellas en los documentos magisteriales posteriores sobre el mismo argumento (cfr., por ejemplo: JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio* y Carta Ap. *Novo millennio ineunte*; BENEDICTO XVI, Cartas Ap. *Ubicumque et semper*, 21-IX-2010 y *Porta fidei*, 11-X-2011). Compendian, en efecto, de manera brillante los contenidos esenciales de la evangelización en cuanto acción cristiana manifestativa de Cristo y en cuanto noción teológica. Las características con que dicha acción-noción es descrita son igualmente significativas tanto si se toma en consideración el primer anuncio del Evangelio, como si lo que se contempla es la nueva evangelización, con sus peculiares diferencias contextuales.

todo, los suyos, entendiendo por tales en primer lugar la gran multitud de bautizados que en realidad no se consideran cristianos y viven de hecho *etsi Christus non daretur*, y en segundo lugar esa otra inmensa muchedumbre de quienes, aceptándose como cristianos, no están lejos sin embargo de la *forma mentis* y del modo de vida de los anteriores por su muy escasa formación en los contenidos doctrinales y en las exigencias morales de la fe.

«Para la Iglesia –seguimos leyendo *Evangelii nuntiandi*– no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación. Posiblemente, podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la *Gaudium et spes*³, tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios»⁴.

Todo proceso de evangelización, vienen a decir esas palabras, mira directamente a las personas a las que se dirige para invitarlas y ayudarlas a convertirse en discípulos de Cristo, y contar con ellas para transformar, con la fuerza del Evangelio, «todos los ambientes de la humanidad». Leídas ahora desde la concreta perspectiva de la nueva evangelización no se altera su significado sino que solo se precisa su orientación: la nueva evangelización quiere ser, como es lógico, una llamada a la conversión pero dirigida ante todo a quienes, signados ya en Cristo por el bautismo viven sin embargo intelectual y existencialmente (cabeza y corazón) lejos de Él, para invitarles a aceptar el reencuentro con el Señor y, por así decir, la vuelta al propio hogar, que es la Iglesia.

ALGUNOS MATICES DEL CONCEPTO DE EVANGELIZACIÓN

El significado de «evangelización» es en sí mismo atemporal en cuanto que expresa la acción y el efecto de anunciar el Evangelio, tanto si tuvieron lugar en el siglo I como si se realizan en el siglo XXI. Como ha señala-

³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 53.

⁴ PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, nn. 19-20.

do la Congregación para la Doctrina de la Fe: «El término *evangelización* tiene un significado muy rico. En sentido amplio, resume toda la misión de la Iglesia: toda su vida, en efecto, consiste en realizar la *traditio Evangelii*, el anuncio y transmisión del Evangelio, que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1,16) y que en última instancia se identifica con el mismo Cristo (1 Cor 1,24). Por eso, la evangelización así entendida tiene como destinataria toda la humanidad. En cualquier caso *evangelización* no significa solamente enseñar una doctrina sino anunciar a Jesucristo con palabras y acciones, o sea, hacerse instrumento de su presencia y actuación en el mundo»⁵.

Así pues, la acción de evangelizar debe ser entendida en el sentido –que está presente desde el principio del cristianismo– de anuncio integral del Evangelio de Jesucristo: acción de proclamar y propagar la fe en Él con palabras y obras, con todas sus consecuencias en el plano de la existencia personal y social de los que se convierten. Esto significa que la noción no solo incluye el anuncio sino también el resultado, es decir, el hecho de que algunos oyentes del anuncio se conviertan. No se puede decir, en efecto, que hay verdadera evangelización hasta que no hay personas que han creído la Buena Nueva de la salvación en Cristo. Evangelización comporta no solo proclamación de la fe sino también escucha de la fe, *metànoia* y creencia: «convertíos y creed»⁶. Se puede decir, por tanto –siguiendo de nuevo a Pablo VI, para quien resulta imposible comprender el significado de la evangelización si no se abarcan a la vez todos sus elementos esenciales⁷–, que dicha noción contempla tanto la noticia de la fe como la obediencia de fe de quienes habiendo escuchado han creído⁸. No hay evangelización efectiva donde no hay conversión personal y libre seguimiento de Cristo como discípulo suyo.

Eso mismo debe decirse, análogamente, de la noción de nueva evangelización, que ha de ser entendida como una llamada a la conversión dirigida a los bautizados: a una primera conversión para muchos, a una segunda o nueva conversión para otros. «Generalmente –señala la Congregación para la

⁵ CDF, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 3-XII-2007, I, 2: AAS 100 (2008) 489-504.

⁶ «Vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de Dios, y diciendo: El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,14-15).

⁷ Cfr. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 17.

⁸ «También vosotros, una vez oída la palabra de la verdad –el Evangelio de nuestra salvación–, al haber creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido» (Ef 1,13).

Doctrina de la Fe— se usa el término “conversión” en referencia a la exigencia de conducir a los paganos a la Iglesia. No obstante, la conversión (*metánoia*), en su significado cristiano, es un cambio de mentalidad y actuación, como expresión de la vida nueva *en Cristo* proclamada por la fe: es una reforma continua del pensar y obrar orientada a una identificación con Cristo cada vez más intensa (cfr. Gal 2,20), a la cual están llamados, ante todo, los bautizados. Este es, en primer lugar, el significado de la invitación que Jesús mismo formuló: “convertíos y creed al Evangelio” (Mc 1,15; cfr. Mt 4,17)»⁹.

Desde esta perspectiva, que es la que adoptamos aquí, evangelización y puesta en práctica de la misión de la Iglesia se identifican. Hoy más que nunca es inconcebible un aspecto de la realización de la misión de la Iglesia que no sea la evangelización *ad extra* y *ad intra*, y se debe por tanto sostener que la única misión de la Iglesia es la misión evangelizadora. Misión que, por otra parte, no solo pertenece al ámbito de los deberes, funciones e incluso razones de ser de la Iglesia, sino a su ser mismo. La Iglesia es esencialmente y por eso inseparablemente comunión y misión, o en otras palabras ha sido conformada por el Espíritu Santo como la comunión (*orgánicamente* estructurada¹⁰) de los hijos de Dios, que solo realiza en la tierra su misterio en el desarrollarse de su propia misión entre los hombres. Desde este punto de vista la evangelización no acaba nunca en cuanto elemento necesario y dinámico dentro del proceso de realización del misterio de la Iglesia en la tierra, más aún, en cuanto la finalidad misma de dicho proceso.

EVANGELIZAR IMPLICA TAMBIÉN FORMAR AL BAUTIZADO EN SU IDENTIDAD CRISTIANA

Con lo que llevamos dicho se advierte que en la noción de evangelización se entrecruzan diversas cuestiones, que han de ser tenidas también en cuenta a la hora de pensar la naturaleza y la metodología de la nueva evangelización. Evangelizar significa, ante todo, anunciar la fe en Jesucristo como Dios hecho hombre y único Salvador de los hombres a quienes no le conocen. Pero significa también promover entre los que ya le conocen actitudes que ayuden a la conversión personal, es decir, al reconocimiento de la salvación que Cristo (a través de la fe y el perdón) me entrega y de la que tengo necesidad. Tiende

⁹ CDF, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, III, 9.

¹⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dog. *Lumen gentium*, n. 11.

pues a promover la libre recepción del bautismo, pero también a su redescubrimiento por parte de los bautizados.

La recepción (o el redescubrimiento) del bautismo en cuanto signo de incorporación y pertenencia a Cristo en la Iglesia, no puede ser considerado, sin embargo, como el punto final de la evangelización sino solo como su paso primero, aunque indispensable. Hay, en efecto, un segundo momento interior de la acción evangelizadora de la Iglesia, que se halla expresado junto con el primero en el mismo pasaje evangélico: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, *bautizándoles* en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y *enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado*» (Mt 28,19-20). La misión recibida por la Iglesia de hacer discípulos incluye, pues, tanto la donación-recepción del bautismo como la sucesiva enseñanza al discípulo de los contenidos de su condición, es decir, la formación en el significado de su identidad personal de cristiano, en sus diferentes aspectos.

La expresión «identidad personal de cristiano» significa ante todo que el sujeto del que se predica es consciente poseedor de una estable disposición de seguimiento, imitación e identificación personal con Cristo, adquirida y madurada a través de la gracia y de la libre correspondencia. No es, por tanto, sinónima de simple identidad cultural o sociológicamente cristiana, como la que pudiera inferirse de la pura pertenencia a la Iglesia como grupo social o de la adhesión teórica a los valores de un contexto cultural remotamente cristiano. Como se puede advertir, la noción de identidad cristiana dice profunda relación con la de vocación cristiana, relacionadas también ambas íntimamente (en realidad, desembocan en ella) con la de personalidad cristiana.

Si denominamos «personalidad» al conjunto de elementos tanto innatos como adquiridos en cuya unidad, paulatinamente alcanzada y siempre abierta a una más honda maduración, se refleja de algún modo en cada momento de la existencia lo más íntimo e incommunicable de cada persona, por «personalidad cristiana» entendemos la que va siendo progresivamente configurada en el sujeto merced a su estable decisión de seguir e identificarse con Cristo, y que se expresa como creciente «unidad de vida», noción que es preciso incorporar más decididamente al común acervo teológico, espiritual y pastoral de la Iglesia¹¹. Contribuir a la formación de una personalidad cristiana significa, pues, yendo al

¹¹ Muy presente en la enseñanza de san Josemaría Escrivá (cfr., por ejemplo, BURKHART, E. y LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría: estudio de teología espiritual*, Madrid: Rialp, 2012, vol. III: «Epílogo: Unidad de vida»), la noción de unidad de vida ha sido uti-

fondo de la cuestión, ayudar al asentamiento y maduración en el bautizado de su vocación bautismal, o en otras palabras del sentido vocacional de su existencia.

La tradición doctrinal, litúrgica y espiritual de la Iglesia, al considerar la condición de discípulo, contempla, en efecto, no solo la primera y radical configuración bautismal con Cristo, sino también lo que con san Pablo puede expresarse como «formar a Cristo en vosotros» (Gal 4,19), esto es, el auxilio sucesivo y permanente al bautizado en el proceso de su progresiva conformación con Cristo mediante la gracia sacramental, así como su adecuada educación en la fe. Educar en la fe o enseñar al bautizado a conocerse, aceptarse y comportarse como discípulo de Cristo quiere decir formarle en el significado intelectual, moral y espiritual de su identidad cristiana, o con otras palabras –particularmente incisivas y actuales–, ayudarle a descubrir su vocación personal a la santidad y al apostolado.

Ese cristiano consciente de su condición de discípulo es el que está en condiciones de cristianizar, de evangelizar su mundo, es decir, de «transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad...»¹². La invitación de Cristo a evangelizar concierne a todos los bautizados, a cada uno según su propia vocación. «El compromiso apostólico es un deber y también un derecho irrenunciable, expresión propia de la libertad religiosa, que tiene sus correspondientes dimensiones ético-sociales y ético-políticas»¹³.

¿POR QUÉ ES HOY NECESARIA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN?

La intención misma de llevar a cabo una nueva evangelización, reiterada con intensidad desde Juan Pablo II en adelante, da ya razón de su necesidad. Si se ha comenzado a hablar de ella es porque antes se ha entendido que era necesaria para el desenvolvimiento de la misión de la Iglesia en el tiempo presente¹⁴.

lizada por el Concilio Vaticano II para tratar de la conjunción en el sacerdote entre vida interior y actividad pastoral (cfr. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 14), y por Juan Pablo II al hablar de la vocación de los laicos a la santidad en el ámbito de sus deberes familiares, profesionales y sociales (cfr. JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Christifideles laici*, nn. 17.30.34.59.60).

¹² PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 19.

¹³ CDF, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, III, 10.

¹⁴ Como ha escrito Benedicto XVI: «El siervo de Dios Pablo VI observaba con clarividencia que el compromiso de la evangelización “se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que

Tras veinte siglos de anuncio ininterrumpido del Evangelio y de intenso protagonismo del cristianismo en todo el mundo, se ha planteado en la Iglesia la necesidad de llevar a cabo una nueva evangelización, cuyos primeros destinatarios son los ciudadanos y las sociedades de algunos países de añejas raíces cristianas. Antiguas y fecundas Iglesias particulares, eficaces portadoras del mensaje evangélico por todo el mundo durante siglos, se ven hoy convertidas de algún modo en «tierra de misión» en virtud del crecido grado de descristianización en que se desenvuelve la existencia de muchos bautizados, con el consiguiente reflejo en la vida cultural, política y social. «Urge rehacer en todas partes el entramado cristiano de la sociedad humana –exhortaba Juan Pablo II en *Christifideles laici*–. Pero la condición es *que se rehaga* (antes) *la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales* que viven en estos países o naciones»¹⁵. «Rehacer la trabazón cristiana de las comunidades eclesiales»: es un

recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos” (Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, n. 19). Y, con el pensamiento dirigido a los que se han alejado de la fe, añadía que la acción evangelizadora de la Iglesia “debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles o volverles a proponer la revelación de Dios y la fe en Jesucristo” (*ibid.*, n. 16). El beato Juan Pablo II puso esta ardua tarea como uno de los ejes su vasto magisterio, sintetizando en el concepto de “nueva evangelización”, que él profundizó sistemáticamente en numerosas intervenciones, la tarea que espera a la Iglesia hoy, especialmente en las regiones de antigua cristianización. Una tarea que, aunque concierne directamente a su modo de relacionarse con el exterior, presupone, primero de todo, una constante renovación en su seno, un continuo pasar, por decirlo así, de evangelizada a evangelizadora» (BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Ubicumque et semper*).

¹⁵ JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Christifideles laici*, n. 34. En ese mismo pasaje, precediendo las palabras citadas, se leen también estas: «Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa –señalaba Juan Pablo II–, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del laicismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado primer mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo –si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria– inspiran y sostienen una existencia vivida “como si Dios no existiera”. Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana –aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y rituales– tiende a ser erradicada de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. (...) En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Solo una nueva evangelización –dirá Juan Pablo II– puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad». De ahí la necesidad de una nueva evangelización.

modo elegante y discreto de señalar el déficit de vitalidad y eficacia que arrastra la Iglesia.

Detrás de tales consideraciones se encuentra, como es evidente, la conciencia del mandato misionero universal: la *missio ad gentes*. Pero, justamente para que esa misión universal siga realizándose, resulta hoy esencial promover una nueva propagación del Evangelio *ad intra*. Es decir, la nueva evangelización es necesaria «no solo porque, después de dos mil años, gran parte de la familia humana aún no reconoce a Cristo, sino también porque la situación en que la Iglesia y el mundo se encuentran plantea particulares desafíos a la fe religiosa y a las verdades morales que derivan de ella»¹⁶. Puesto que apremia construir en todas partes el entramado cristiano de la sociedad, urge también renovarlo donde sea preciso invitando a los bautizados a redescubrir el contenido y el significado de su propia identidad como personas cristianas y como Iglesia¹⁷. En ese sentido, «la nueva evangelización, como invitación a la conversión, a la gracia y a la sabiduría, es la única esperanza auténtica para un mundo mejor y para un futuro más luminoso»¹⁸.

HACIA UNA PASTORAL DE NUEVA EVANGELIZACIÓN

En un mundo ya culturalmente cristiano, construido a lo largo de los siglos sobre la fe en Cristo, con todas sus consecuencias teológicas y antropológicas, se ha debilitado por diversos motivos la convicción de fe acerca de la condición divino-humana de Jesucristo y de su obra de salvación, que es el alma del espíritu cultural cristiano. Se han resquebrajado, pues, seriamente,

¹⁶ JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Ecclesia in Asia*, 6-XI-1999, n. 29.

¹⁷ «Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas» (BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, n. 2).

¹⁸ *Ibid.* Como es lógico, y así lo pone también de manifiesto Benedicto XVI, la diversidad de las situaciones exige un atento discernimiento: «Hablar de “nueva evangelización” no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia. De hecho, no podemos olvidar que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios» (BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Ubi-cumque et semper*).

los fundamentos de una civilización alimentada y educada en la escuela de Cristo, y necesitada siempre por tanto de volver a Él para reencontrar los propios signos de identidad. La debilitación de la fe en Jesucristo, como Dios hecho Hombre y Único Salvador, o en otras palabras el oscurecimiento de su identidad teológica entre los cristianos, constituye la verdadera clave del problema¹⁹.

Al quedar de hecho empañada en las sociedades de raíz cristiana la conciencia personal y colectiva de la identidad cristiana, el cristianismo se ha visto degradado a la condición de simple marco cultural, y a ser tenido como mucho como una más entre otras «propuestas razonables» para configurar la existencia personal y la convivencia entre los hombres. Pero con la particularidad de que, una vez oscurecida en las conciencias la identidad teológica de Cristo y amortiguada, en la misma medida, la fe en Él, esa visión del cristianismo –de su doctrina y de su enseñanza moral– va siendo presentada con el pasar del tiempo como algo siempre menos «razonable» y, en conjunto, menos «aceptable» desde el punto de vista cultural. Esto quiere decir que, desde tal perspectiva, «se exige» que sea adecuadamente revisado y corregido de acuerdo con las circunstancias. Esto se dice hoy en día no solo desde fuera de la Iglesia sino desde dentro de ella.

En este sentido, es preciso subrayar que la «novedad» de la nueva evangelización no se refiere tanto a los contenidos o a las técnicas evangelizadoras (aunque todo sea lógicamente necesario) cuanto a los destinatarios inmediatos del mensaje evangelizador, que son principalmente ciudadanos de ascendencia cristiana, pobladores de regiones de antiguas raíces religiosas, antropológicas y culturales también cristianas, y que, sin embargo, por razones no difícilmente identificables, desarrollan su existencia sin adecuarse a aquellas raíces, según diferentes grados de separación, y viven de hecho como cristianos tibios o incluso como no cristianos.

¹⁹ «En suma, se ha creado una situación completamente nueva en la que los antiguos valores –expresados sobre todo por el cristianismo– se ven substituidos. En un horizonte como este, en que el hombre viene a ocupar el lugar central, criterio de toda forma de existencia, Dios se convierte en una hipótesis inútil y en un competidor que no solo hay que evitar, sino en lo posible eliminar. La revolución antropológica se actúa de manera relativamente fácil, cómplice de una teología débil y de una religiosidad a menudo fundada solo sobre el sentimiento e incapaz de mostrar el verdadero horizonte de la fe. Dios, entonces, pierde su lugar central; la consecuencia que se derive, sin embargo, es que el hombre mismo viene a perder también el suyo» (FISICHELLA, R., «La nueva evangelización», Conferencia en la Universidad Pontificia Bolivariana, 6-II-2011, en *Zenit*, 12-II-2011, <http://www.zenit.org/article-38238?l=spanish>).

En ese sentido, lo primero que debe hacerse es tratar de identificar y formular con la mayor claridad posible las razones que han conducido al mencionado fenómeno de oscurecimiento de la identidad cristiana, y con ello a un cambio de modelo antropológico y de convicciones éticas. Es algo que puede hacerse pues conocemos en buena medida los principales elementos desencadenantes del proceso descristianizador, y hemos asistido en las últimas décadas a su acentuada aceleración, externamente tan llamativa, susceptible de ser analizada en sus manifestaciones e inductivamente también en sus causas. La clara explicitación de esas razones ayudará a establecer también con la mayor claridad posible un cuadro del contexto real en el que se plantea la nueva evangelización como lo que debe ser: una amable y atrayente invitación a redescubrir en Cristo y en la pertenencia a la Iglesia las propias raíces personales y colectivas²⁰.

Como es lógico, en ese cuadro aparecerán trazos determinantes del porqué del alejamiento, desconocimiento o rechazo de la vinculación al modelo de vida cristiano, que son líneas de fondo sobre las que trabajar. Pero se harán también patentes –y es necesario desvelarlos– otros trazos contextuales contrapuestos a los anteriores y tan vigentes y verificables como ellos, cuyo buen enfoque y valoración son importantes para dibujar el cuadro completo y para establecer una buena metodología de trabajo en la nueva etapa evangelizadora²¹.

²⁰ «Ninguna forma de evangelización sería eficaz si la Palabra de Dios no entrase en la vida de las personas, en su modo de pensar y de obrar para llamarlas a la conversión. Esto ha sido siempre lo que hoy llamamos “nueva evangelización”. No es diferente en nuestro tiempo; podemos usar una expresión diversa, pero la sustancia permanece idéntica. Somos llamados a anunciar el Evangelio de manera eficaz; esto requiere en primer lugar el trato frecuente de la Palabra de Dios, que permite a quienes nos escuchan verificar no solo nuestro conocimiento del Evangelio, sino sobre todo nuestra credibilidad que se expresa en un coherente testimonio de vida» (*ibid.*).

²¹ En este último sentido conviene destacar que la nueva evangelización no solo se encuentra ante una situación desoladora en muchas personas y regiones, sino también ante una Iglesia viva y llena de medios y posibilidades. En la gran familia cristiana, tan desarticulada en conjunto, continúa existiendo un número muy consistente de personas que mantiene una estable –aunque quizás desvaída– vinculación sociológica y cultural con la Iglesia (solo se consideran vagamente católicos), así como un determinado tanto por ciento de fieles que se sienten más intensamente vinculados a Ella desde el punto de vista existencial y espiritual. Unos y otros son, lógicamente, el objetivo primero y privilegiado de la nueva evangelización, que debe estar encaminada a promover amablemente entre los bautizados el redescubrimiento y la aceptación de su identidad cristiana, en la que han de sentirse cómodos.

UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN EXIGE UNA VERDADERA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

Para ser eficaz la nueva evangelización ha de estar orientada por quienes estén dispuestos a llevarla a cabo –yendo ellos por delante– al anuncio de la llamada universal a la santidad y de la esencia apostólica de la vocación cristiana²². Es decir, a facilitar el redescubrimiento de lo que significa ser verdadero discípulo de Cristo. Pero eso pide plantear en serio la renovación de la Iglesia.

Una nueva evangelización como la que hoy está planteada –como amplio y duradero horizonte de trabajo– solo es realizable si hay, en efecto, una Iglesia renovada que la lleve a cabo siendo simplemente eso: la Iglesia, el pueblo de Dios llamado a estar con Cristo y a convertir en realidad cotidiana, allí donde cada cual se encuentre, el modelo cristiano de existencia. El principio que sostenemos es claro: la revitalización de la identidad cristiana a la que debe orientarse de entrada la nueva evangelización no puede ser llevada a cabo con simples modificaciones realizadas desde categorías y estructuras intelectuales y pastorales antiguas, sino que pide una real renovación de ellas. Iglesia verdaderamente renovada y nueva evangelización son dos realidades que se exigen mutuamente.

Nos fijamos a continuación, aunque sea sumariamente, en dos aspectos centrales de esa deseable renovación que debe necesariamente contar con una teología y con una pastoral también renovadas y renovadoras.

²² Lo ha expresado con particular fuerza Benedicto XVI, cuando escribe: «*Caritas Christi urget nos* (2 Cor 5,14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cfr. Mt 28,19). Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque ensancha el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos» (BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta Fidei*, n. 7).

a) *Necesidad de una teología renovada y renovadora*

Si la primera evangelización recorrió el camino «descendente» que va desde Cristo al hombre (cristiano) –pues Cristo desvela al hombre el hombre mismo al revelar el misterio del Padre y de su amor²³–, la nueva evangelización deberá en cambio recorrer la vía «ascendente» que conduce desde el cristiano (desde la manifestación de su coherente identidad de discípulo) hasta Cristo. Deberá esforzarse en recuperar el fundamento oscurecido u olvidado –Cristo Dios y Único Salvador– a partir de la renovada manifestación de la identidad personal, cultural y social del cristiano. Debe mostrar el camino que lleva, desde los signos reveladores de la identidad cristiana (sentido cristiano del hombre en toda su extensión teórica y práctica) hasta el descubrimiento de su fundamento, que es la «identidad teológica» de Jesucristo.

La nueva evangelización requiere, en ese sentido, una teología renovada de la identidad cristiana, contemplada tanto en su dimensión existencial (como inserción del cristiano en el dinamismo de la caridad de Cristo, llena de consecuencias prácticas), como en su dimensión intelectual, es decir, como discurso intensamente trinitario pero también de fuerte acentuación antropológica. Es, por tanto, necesaria una teología orientada hacia la explicitación de la identidad cristiana a través de la inmersión en sus raíces trinitarias. Eso significa al mismo tiempo que hay necesidad de una teología que ayude a redescubrir la unidad en Cristo entre persona y misión, y a arrojar luz sobre sus importantes consecuencias pastorales. De todo esto se puede inferir la necesidad de una teología fuertemente apologética, que profundice en el contenido del misterio de la redención y en el concepto de misión.

Al mismo tiempo, es precisa una revitalización de signo trinitario de todos los sectores de la teología. Y puesto que el misterio trinitario es revelación de la comunión intradivina y de la invitación al hombre a participar en ella, cuanto hemos dicho debería llevar consigo el deseable redescubrimiento de la *circuminsesio* entre teología y santidad, inscrita en sus respectivas nociones. La nueva evangelización, finalmente, debe estar fundada y sostenida por una renovada teología de la persona humana y de su dignidad a la luz del misterio del Verbo encarnado y redentor. Bajo esta perspectiva, la teología debe volver la mirada con particular interés a la doctrina del hombre como imagen e hijo de Dios en Cristo, base ineludible de la antropología cristiana.

²³ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

He aquí, pues, el contenido de algunas exigencias teológicas planteadas por la nueva evangelización. Retomando una idea que hemos desarrollado en otro momento²⁴, es preciso más que nada favorecer y consolidar un nuevo estilo, un nuevo clima en la teología científica: una dogmática más fuertemente trinitaria, más metodológicamente antropológica, más deliberadamente espiritual, más vocacionalmente apologética. Una teología, en fin, capaz de presentar hoy una propuesta renovada y culturalmente atractiva –como lo fue la primera– de la identidad cristiana. Este es en verdad el mayor desafío intelectual de la nueva evangelización.

b) *Necesidad de una acción pastoral renovada y renovadora*

El concepto mismo de nueva evangelización obliga a sostener –como venimos diciendo– que no se trata de introducir retoques accidentales en la actividad evangelizadora de la Iglesia sino de pensar y desarrollar formas renovadoras, teóricas y prácticas, de dar a conocer o ayudar a redescubrir el Evangelio a personas y sociedades de secular tradición cristiana, hoy largamente desatendida, abandonada o rechazada.

En un contexto sociocultural como el presente, marcado por el fin de la modernidad y del eurocentrismo, y caracterizado al mismo tiempo por un intenso flujo migratorio y –entre los cristianos– por un indefinido y extendido indiferentismo religioso, es necesaria, diciéndolo con unas palabras del beato Juan Pablo II, en su discurso de 9 de marzo de 1983 a la Asamblea del CELAM en Haití, una acción evangelizadora «*nueva en su ardor, en sus métodos y en sus expresiones*». Aunque tales palabras estuvieron originariamente referidas al contexto latinoamericano en el horizonte del V Centenario de la evangelización, lo cierto es que en los años sucesivos traspasaron aquel primer cauce y han sido frecuentemente utilizadas para cualificar la nueva tarea evangelizadora de la Iglesia en ámbitos geográficos y culturales impregnados durante siglos por el Evangelio. Ya en aquella ocasión quiso dejar claro Juan Pablo II que no hablaba de una re-evangelización –el Evangelio había sido ya anunciado y hecho vida en esos ámbitos, aunque estuviese ahora oscurecido– sino de una evange-

²⁴ Cfr. ARANDA, A., «La nuova evangelizzazione come esigenza per la teologia», en FITTE, H. (a cura di), *Fermenti nella teologia alle soglie del terzo millennio*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1998, 188-206; cfr. ID., *Una nueva evangelización. ¿Cómo acometerla?*, Madrid: Palabra, 2012.

lización nueva. Parecía, pues, sugerir que el énfasis más que en la (imposible) novedad de los contenidos había de ponerse en una consciente novedad de realización: novedad en el ardor, en los métodos y en las expresiones.

La referencia al *ardor evangelizador* alude en general, a mi entender, a la audacia y al atrevimiento apostólicos que deben acompañar toda acción evangelizadora, sea la llevada a cabo en tiempos pasados o bien la que se ha de realizar, también *ad intra* de la Iglesia, en el presente. Pero, en relación con esta, el acento no ha de ponerse simplemente en el brío apostólico sino en la renovación de ese ardor en sus mismas raíces doctrinales y morales. Pienso, en este sentido, que la energía y el atrevimiento apostólicos de la nueva evangelización solo pueden estar enraizados en una conciencia renovada en toda la Iglesia (jerarquía y fieles) de la llamada universal de los cristianos a la santidad y al apostolado. Desde este punto de vista, se impone la necesidad, en el plano pastoral, de formar seriamente a todos los bautizados en su responsabilidad apostólica, renovando la mentalidad y las estructuras formativas (especialmente en el seminario y en la parroquia); asimismo, en el plano teológico, se necesita una renovada eclesiología de los *tria munera* (es decir, de la participación de los fieles –según la condición de cada cual– en la función sacerdotal, profética y pastoral de Cristo), así como de la conjunción entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial.

La referencia a la *novedad metodológica* en la evangelización alude, en mi opinión, a la necesidad de poner en juego un plus de imaginación y de creatividad en los métodos operativos (pastorales) y, más en general, en las estructuras organizativas para llegar al centro de la persona y de la sociedad. Es necesario, por mencionar algún ejemplo, renovar las perspectivas eclesiales desclericalizándolas: el centro de la Iglesia y de la misión apostólica no son los obispos o el clero –eso es un modelo del pasado– sino la efectiva comunión de ministros y laicos (sacerdocio ministerial-sacerdocio común) al servicio de la única misión de todos en la Iglesia. En el mismo sentido, es preciso alejarse de una visión uniformista en el modo de entender la actuación apostólica de los fieles laicos y resaltar su libertad e iniciativa personal en el desarrollo de su presencia evangelizadora en la sociedad, allí donde se encuentran. Debe ser también considerada, a este respecto, la necesidad de renovar en las estructuras territoriales ordinarias (diócesis y parroquias) el modo de concebir y plasmar la acción evangelizadora. Es pertinente, a mi entender, que se tengan en cuenta los modos, generalmente eficaces, de trabajar apostólicamente en las estructuras personales estables o móviles (movimientos, grupos). Así mismo,

por último, debería ser replanteado seriamente el modo de concebir la presencia de la Iglesia en el terreno de la educación (colegio y universidad), renovando las estructuras y los métodos de trabajo de los entes eclesiales interesados (a nivel parroquial, diocesano y universal).

La referencia, en fin a la *novedad en las expresiones* debe entenderse, a mi modo de ver, como una invitación a tomar en serio la realidad del cambio cultural en el que estamos inmersos, que está dando lugar a una nueva forma de cultura global intensamente basada en el poder configurador de los medios de comunicación y desarrollada a través de ellos. Es preciso, en consecuencia, promover una renovación en el modo de anunciar el Evangelio, es decir, nuevas formas de lenguaje y de mediaciones para comunicar. En este sentido, se debe acentuar la centralidad de la persona, subrayar la importancia de la comunicación a través de la imagen y –sin renunciar a la propia identidad– privilegiar la vía del diálogo, de la solidaridad y de las posiciones constructivas. En el contexto de las relaciones entre Evangelio y promoción humana se debe conceder mucha importancia al papel de la doctrina social de la Iglesia como instrumento de evangelización. La nueva evangelización, en efecto, solo se podrá realizar –como siempre– a partir de la evidencia en la vida de la sociedad de la presencia positiva y operativa de la caridad cristiana (todas las formas de desarrollo de la doctrina social), fundada sobre un conocimiento más profundo de la fe trinitaria de la Iglesia.

CONCLUSIÓN

Hemos tratado de poner de manifiesto que el gran reto al que se enfrenta hoy la Iglesia evangelizadora consiste en reavivar en los fieles cristianos el sentido de su vocación bautismal, es decir, el reto de propagar entre ellos la llamada a la santidad y al apostolado. «Hoy es necesario –escribe Benedicto XVI– un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe»²⁵. Ese es el punto en el que fijar la atención.

En efecto, la reactivación de la presencia eficaz del Evangelio en la sociedades contemporáneas más o menos descristianizadas no depende tanto (aunque también) de un determinado método evangelizador, o de unas pecu-

²⁵ Carta Ap. *Porta Fidei*, n. 7.

liares técnicas catequéticas, cuanto de las consecuencias operativas del ahondamiento personal de los cristianos en la fuerza transformadora de su compromiso bautismal. La nueva evangelización pasa, pues, por el ineludible camino de la responsabilidad personal de los fieles en el seguimiento de Cristo y en la participación consciente en la vocación misionera de la Iglesia. En tal sentido, como enseña san Josemaría Escrivá y antes hemos recordado, pasa necesariamente por la «unidad de vida» de los creyentes, como testimonio y como impulso hacia una permanente dinámica de conversión y renovación.

Bibliografía

- ARANDA, A., «La nuova evangelizzazione come esigenza per la teologia», en H. FITTE (a cura di), *Fermenti nella teologia alle soglie del terzo millennio*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana, 1998, 188-206.
- ARANDA, A., *Una nueva evangelización. ¿Cómo acometerla?*, Madrid: Palabra, 2012.
- BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Ubicumque et semper*, 21-IX-2010.
- BENEDICTO XVI, Carta Ap. *Porta fidei*, 11-X-2011.
- BURKHART, E. y LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría: estudio de teología espiritual*, Madrid: Rialp, 2012.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Nota doctrinal acerca de algunos aspectos de la evangelización*, 3-XII-2007.
- FISICHELLA, R., *La nuova evangelizzazione*, Milano: Mondadori, 2011.
- JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988.
- JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990.
- JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Ecclesia in Asia*, 6-XI-1999.
- JUAN PABLO II, Carta. Ap. *Novo millennio ineunte*, 6-I-2001.
- PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975.